F1231
.I8
D52

FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

NOTICIA MUY EXACTA,

EN FORMA DE DIARIO,

de lo acaecido en México desde la noche del 15 de Setiembre de 1808, sobre la prision del Excmo. Señor Virey Don José Iturrigaray y su familia, hasta su conduccion á Veracruz y embarque á España, como tambien del arresto de otros sujetos que se expresan, por un testigo ocular.

Dia 15.

Hallandose este Comercio muy desazonado á causa de las secretas inteligencias del Excmo. Señor Virey D. José Iturrigaray, se conmovió y resolvió con el mayor sigilo el aprehenderlo, lo que se verificó en los términos siguientes:

Entre ocho y once de la noche, fueron avisados algunos del Comercio, que para las doce de ella

se iba á hacer un punto de reunion en la Plaza de Armas para ejecutar la prision del Virey; imponiéndoseles á los avisados pena de la vida si descubrian la comunicado.

A las once y media de la noche ya se veian por los portales y plazas individuos de los convocados, que andaban esparcidos, sin comunicarse unos á otros, cuyo punto de reunion se hizo en la Callejuela; habiéndose tomado la disposicion de recojer los serenos de las inmediaciones entre once y doce, apagándoseles los faroles y encerrándolos en el Parian, como tambien á todos cuantos se hallaban de tránsito en la calle, para evitar cualquier alboroto.

Dadas las doce y media de la noche, ya se hallaba el acompañamiento de reunion en el citado callejon, en número de 500 á 600 hombres, los que se dirigieron por el Portal de las Flores con el mayor silencio.

Llegaron á Palacio, y acabando de abrir la puerta que estaba entrecerrada, inmediatamente se arrojó un peloton de gente, despojando de las armas á los centinelas y guardias de aquel sitio.

Otro peloton de gente se dirigió á la guardia de caballería, se apoderó de los tres centinelas que tenia y de todas las armas, de modo que tuvieron que darlas por su propia mano,

Todos cuantos centinelas se hallaban puestos en los puntos de Palacio, fueron despojados y reemplazados con gente del paisanaje, en disposicion que donde habia un centinela, se pusieran cuatro, con la órden de que á cualquier individuo que se viese, preguntarle «quién vive,» y el que no respondiese ser gente de Fernando VII, daba seña y contraseña reservada, aprehenderlo.

Estando asegurados todos los puntos de abajo con sus respectivos centinelas y fuerza, se dirigieron para arriba cinco pelotones de paisanaje, dos por la escalera principal de Palacio: tres por la escalera de la vivienda del Virey; de los dos primeros, el uno se dirigió al cuerpo de guardia de Alabarderos, el otro á la puerta de la sala que cae bajo el reloj, la cual rompieron para introducirse adentro; de los otros tres pelotones, el uno se apoderó de la vivienda del secretario de cartas y demas familia, y los dos siguientes á la vivienda de los Vireyes, cuya entrada estaba toda oscura, sin mas que un farol con una luz paveceando, por lo que tuvieron que pedir velas al cabo de Alabarderos, quien presentó una hacha de brea. En este intermedio se apareció una mujer desfigurada, con unas enaguas en la cabeza (era la costurera), diciendo, muy aflijida y asorada, que buscaban, y se le preguntó que dónde estaba S. E.

Replicó diciendo que aden tro sabia no estaba, y que ignoraba donde se hallaria; el pueblo, enfurecido, no hizo caso de ella, y se dirigió al interior de las piezas, donde encontró tres puertas cerradas, la una con tranca y dos con llave, que fueron abiertas á culatazos de fusil para llegar hasta lº interior de la vivienda de S. E., en la que se encontraron tres camas, dos despojadas y una con sábanas, que se registraron con espadas y bayonetas, y viendo que no se encontraba nada, se dirigieron á las piezas mas interiores, registrando cuantos rincones habia, hasta llegar al salon donde se hallaba S. E., y es el que está tras del que se celebran las juntas generales, cuya puerta estaba cerrada; y habiéndola forzado (á este tiempo los dos pelotones que se dirigieron por la escalera principal, ya estaban apoderados del otro punto del dicho salon), se entró otro peloton de gente, y oyeron la voz del Virey y su hijo que decian: «traicion..... fuego, fuego,» á cuyas voces retrocedieron, habiéndoseles apagado la vela que llevaban por delante. Inmediatamente se mandaron pedir abajo unas hachas que se llevaban á prevencion; y cuando estas llegaron, ya estaban apoderados de dicho salon por uno y otro punto, como unos cien hombres, que encontraron al Virey parado junto á su cama, descalzo de pié

y pierna. La cama de su hijo el grande que le acompañaba, estaba en un rincon de otra pieza, con cuyo motivo trató este mozo de hacer fuego con una pistola; pero fué sorprendido con cuatro en los pechos, diciéndole que la mayor tajada de su cuerpo habia de ser como un maravedí en caso de que hiciese fuego; entrónces le gritó su padre: «Pepe, estate quieto;» inmediatamente fué agarrado el Virey por el pueblo, llevándolo á que se sentase en una silla de las que estaban dispuestas para la junta que se habia de haber celebrado el 16 por la tarde. Se le dijo que se vistiese, y respondió: «Señores, ¡qué es esto! ¿Qué novedad es esta?» Se le replicó: «á aprehender á V. E.;» y preguntó: «¿De órden de quién?» A lo que se le dijo: «De órden del Rey, por traidor á la Religion, á la Patria y á nuestro Soberano Fernando VII.» Luego exclamó, diciendo: «¿Qué es posible señores, que Vms., en quien tenia yo depositada mi confianza, quienes habian de ser mis padrinos y protectores, cuando Vms. mismos saben cómo me estoy gobernando?» A lo que se le contestó: «Vístase V. E. muy pronto,» y dijo: «Pues que me traigan la ropa que está junto á la cama,» la que le trajeron varios individuos: unos las medias, otros los zapatos, otros el uniforme y otros la peluca.

En este intermedio se hallaba otra porcion de gente del pueblo por las viviendas del jardin, para reconocer cuanto habia, y para que se levantase el coronel D. Manuel Jáuregui, cuñado de Iturrigaray, (que se hallaba en esta ciudad en compañía de D. Juan Jabat, ambos comisionados por la Junta Suprema de Sevilla); se levantó, en efecto, y llegó al salon muy asustado, diciendo: «Señores, por Dios, mi hermana, mi hermana, ¿qué novedad es esta? Yo soy español completo y vasallo de nuestro católico Monarca Fernando VII, y si Vms. saben el que yo sea delincuente en lo mas mínimo, aquí estoy á su disposicion,» y se le respondió: «Sabemos que V. S. es hombre de bien y que ha obrado como fiel español; y á lo que hemos venido ha sido á aprehender á S. E.» Volvió á suplicar por su hermana, y que no se le hiciese perjuicio, á que se le dijo que la andaban buscando. A esto repitió que él la solicitaria, y bajo su palabra de honor la presentaria. En efecto, se dirigió á las piezas mas interiores, y se encargó de llevarla luego que se vistiese. En este acto exclamó el Virey, pidiendo le trajesen á sus hijos, los mismos que le fueron presentados, y al menor lo trajeron cargado, cuyo inocente todo era reirse. Asimismo, preguntó por el estado de la Vireyna, y se le respondió no tuviese cuidado,

pues no se le habia insultado en lo mas mínimo á su persona, que se estaba vistiendo, y en cuanto concluyese se le traeria.

Acabado de vestirse S. E. en el salon donde se el sorprendió, se le pidieron todos los papeles que tenia reservados, y convino en que los entregaria, como lo verificó, yendo en compañía de la tropa que lo custodiaba, al gabinete de su despacho, y estando dentro, sacó la llave de una papelera y escritorio, y habiéndose abierto por él mismo, se encontraron varios papeles, como tambien medallas de oro y plata y perlas muy esquisitas, (las mismas que dijo tenia compradas para la Reina Dª Luisa) y cuando se comenzaba el reconocimiento, se advirtió por el pueblo que habia alhajas de valor, y para que estas se conservasen en su lugar sin extraviarse alguna, resolvió como por lo mas acertado, el que se cerrase todo, como en efecto se cerró por el mismo Virey, diciéndole guardase él propio las llaves, como sucedió, poniéndose solamente para resguardo de aquella pieza, dos artilleros de centinelas, con un cabo y cuatro paisanos.

Estando en esto, vino la señora Vireina, acompañada de su hermano y la niña grande, como tambien de la escolta del pueblo, y habiendo visto á su esposo, exclamó con muchas lágrimas, di-

ciendo: «¡Gracias á Dios que te veo, pues creía no encontrarte con vida, como tambien á mis hijos! ¿A dónde están?» Y habiéndoseles presentado, tomó en brazos al menor con muchas lágrimas, y le dijo á su hermano el Sr. Jaúregui: «¡Ah! hermano, infame, traidor, nos has vendido: tú has sido el traidor y tramador de esto, y bien podias habernos avisado.» A lo que respondió dicho Jaúregui, derramando lágrimas: «¡Por Dios, que no he sabido nada!» Y hablando así al pueblo, les dijo: «Señores: ¿Vms. me juzgan reo y participante de esto? Pues Dios, que lo sabe, me castigue aquí mismo si me hallo culpado. Bien sabes, hermana, que hace dias te lo he pronosticado, diciéndote que tu marido seguia los mismos pasos que Godoy, y no lo he podido convencer, pues nadie es mejor testigo que tú de lo que yo he trabajado á fin de conseguir se dirigiese bien en su Gobierno, en vista de que sabia yo, tanto en España como en la América, lo mal quisto que se hallaba.»

Toda la familia fué reunida en una pieza con bastantes centinelas, en donde se mantuvo por un largo espacio en conversacion tirada; entretanto, fueron á traer al Illmo. Señor Arzobispo, al Sr. Garibay (quienes recibieron gran susto al irlos á despertar, diciéndoles que el Virey estaba preso), á los Señores Oidores y demás autoridades de esta capital, que fueron traidos inmediatamente, todos con sus correspondientes escoltas.

Asimismo, fueron á traer al Sargento Mayor de Plaza Don Juan Noriega, é imponiéndolo de lo que en aquel momento acababa de suceder, se levantó luego luego de la cama, y para evitar alguna conmocion en los cuarteles y cuerpos de guardia, puso una suscinta órden de este tenor: «Son las dos de la mañana. Hay gran novedad. Nadie se mueva de su cuartel, guardia ó puesto, y todas las patrullas que deban reconocer al Vivac, hagan alto allí hasta nueva órden mia.» Con lo cual quedó asegurada la quietud, y se fué tambien á Palacio.

Al Illmo. Señor Arzobispo se condujo en silla de manos por lo mas pronto, y salió de su Palacio con un Crucifijo en la mano á unirse con los demás señores que debian entrar á la Sala del Real Acuerdo. Y estando esperando al portero para que abriese, viendo que no parecia, se rompió la primera puerta, en cuyo tiempo llegaron las llaves, se abrió la sala, y entraron los señores al Real Acuerdo.

A las doce en punto de esta misma noche, salió un piquete de artilleros de su cuartel, que

los sacó un trozo del paisanaje, y para entrar á los almacenes donde estaba la artillería, se rompieron tambien las puertas y se sacaron cinco cañones para cargarlos con metralla, como se verificó en el patio principal de Palacio, y tenerlos listos para lo que se ofreciese; de manera que á las dos de la mañana ya estaban á nuestra disposicion, para cuando bajaran los Vireyes á sus destinos. Asimismo, á todo el paisanaje de la faccion se les dió cartuchos con bala, como tambien las armas cargadas de que fué despojada la guardia: de las pistolas de la caballeria; y de las de las tres patrullas, que en aquel acto se encontraron, que la una fué en la puerta de Palacio, y las otras dos en la calle, donde se las quitaron con intrepidez dos hombres solos.

DIA 16.

A las dos de la mañana de este memorable dia, ya estaban todos los Sres. Arzobispo y Oidores y demas Magistrados, en el Palacio; inmediatamente entraron en acuerdo, y estando en él, pidió el pueblo la prision y separacion del Gobierno del Exmo. Sr. Iturrigaray y su familia.

A la Excma. Señora se le preguntó á que con-

vento queria la llevasen, y respondió que al de San Bernardo, que queria correr la misma suerte que su marido, á quien le preguntaba muy llorosa que si iba, y el le respondió, con la misma ternura, que fuese. Al instante fué conducida, acompañándole su niña, el niño chico, su hermano el coronel Jáuregui, el señor Inquisidor Alfaro, que la bajó de la mano, y la escolta del pueblo.

Este paso fué el mas tierno y doloroso, que se presentó al ver á esta señora salir de Palacio, derramando muchas lágrimas por el corredor y escalera grande, hasta llegar á la puerta principal, donde estuvo parada mas de un cuarto de hora, miéntras se solicitaba coche para conducirla; y no habiéndose encontrado ni dentro de la casa ni en la calle, se determinó fuese en la silla de manos del Excmo. Señor Arzobispo, en la que caminó esta señora tan afligida y consternada, que al corazon mas duro movia á compasion y lástima.

A las tres de la mañana sacaron al Sr. D. José Iturrigaray para llevarlo á la Inquisicion, acompañado del señor Alcalde de Corte D. Juan Collado, del Sargento Mayor de Plaza, y mas de sesenta hombres del paisanaje, hasta entregarlo al Sr. Inquisidor D. Bernardo del Prado, y como

1020001829